

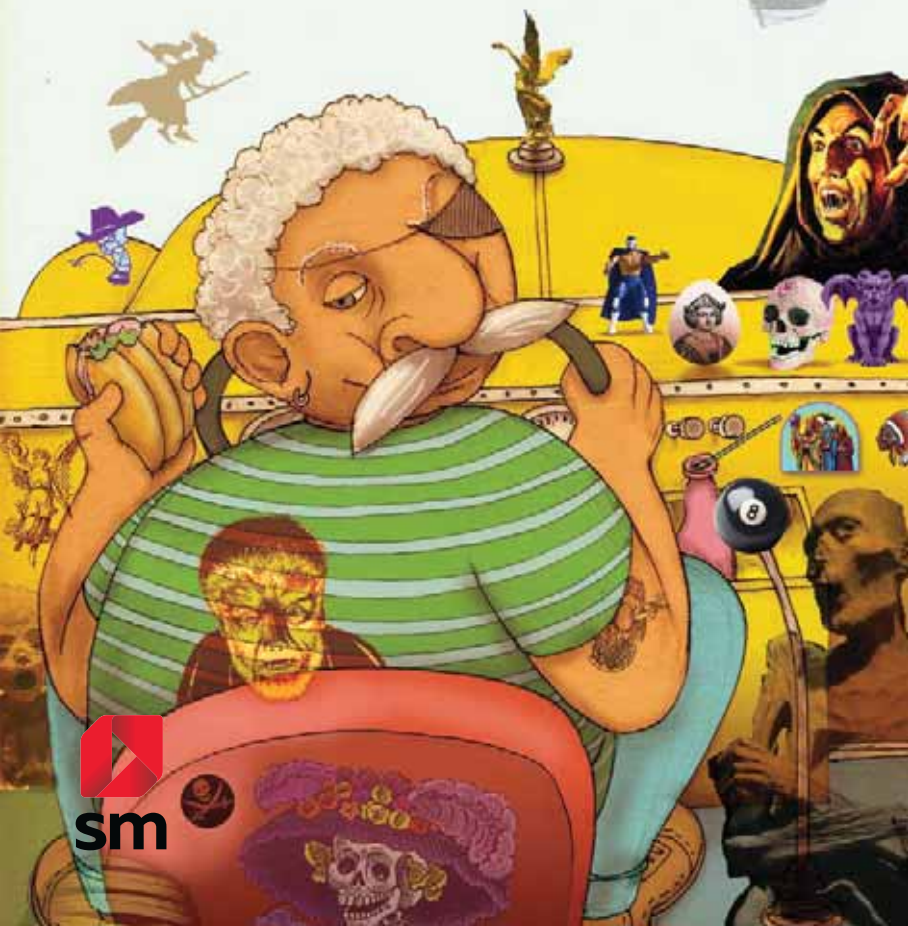


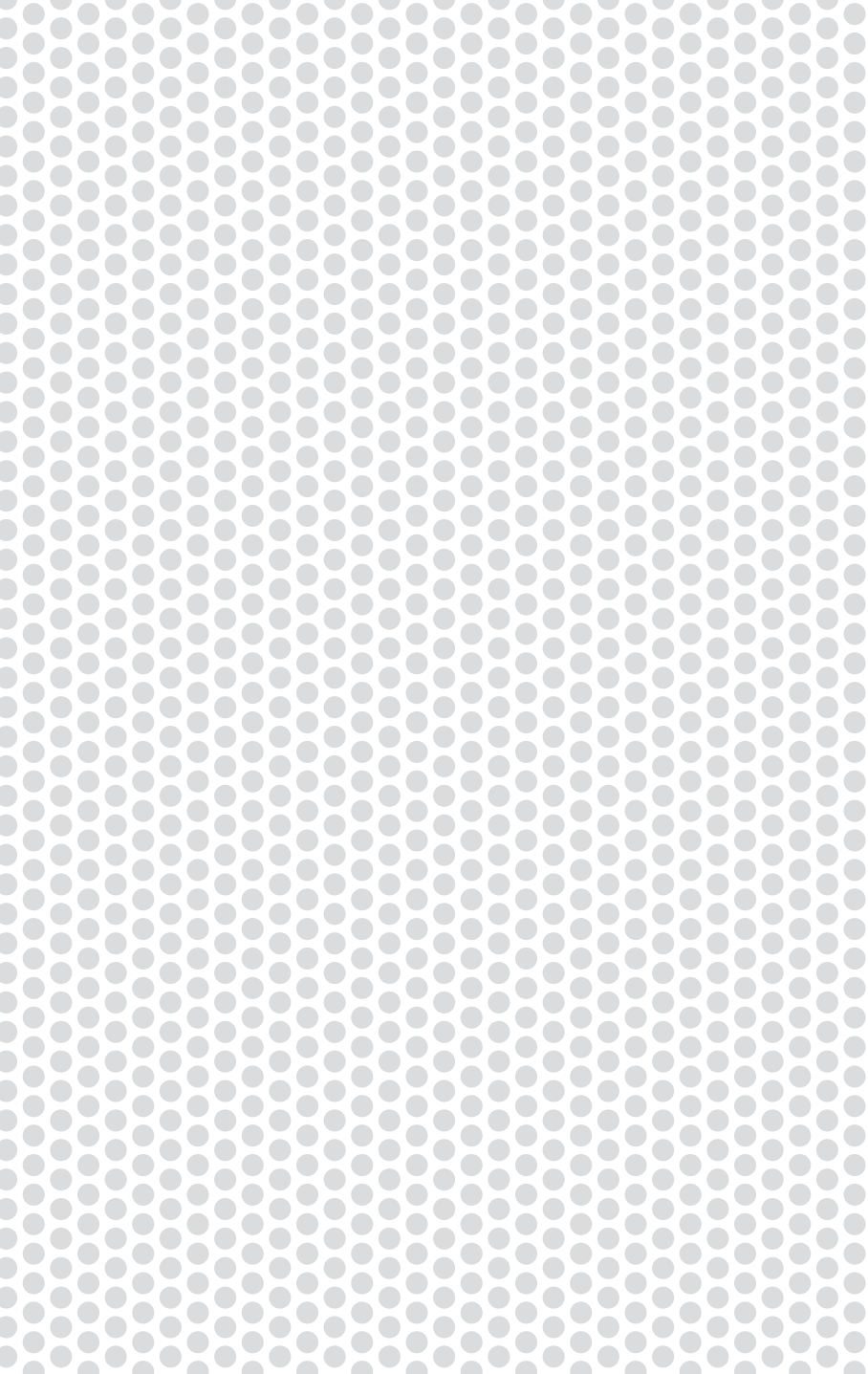
Momias, ángeles y espantos

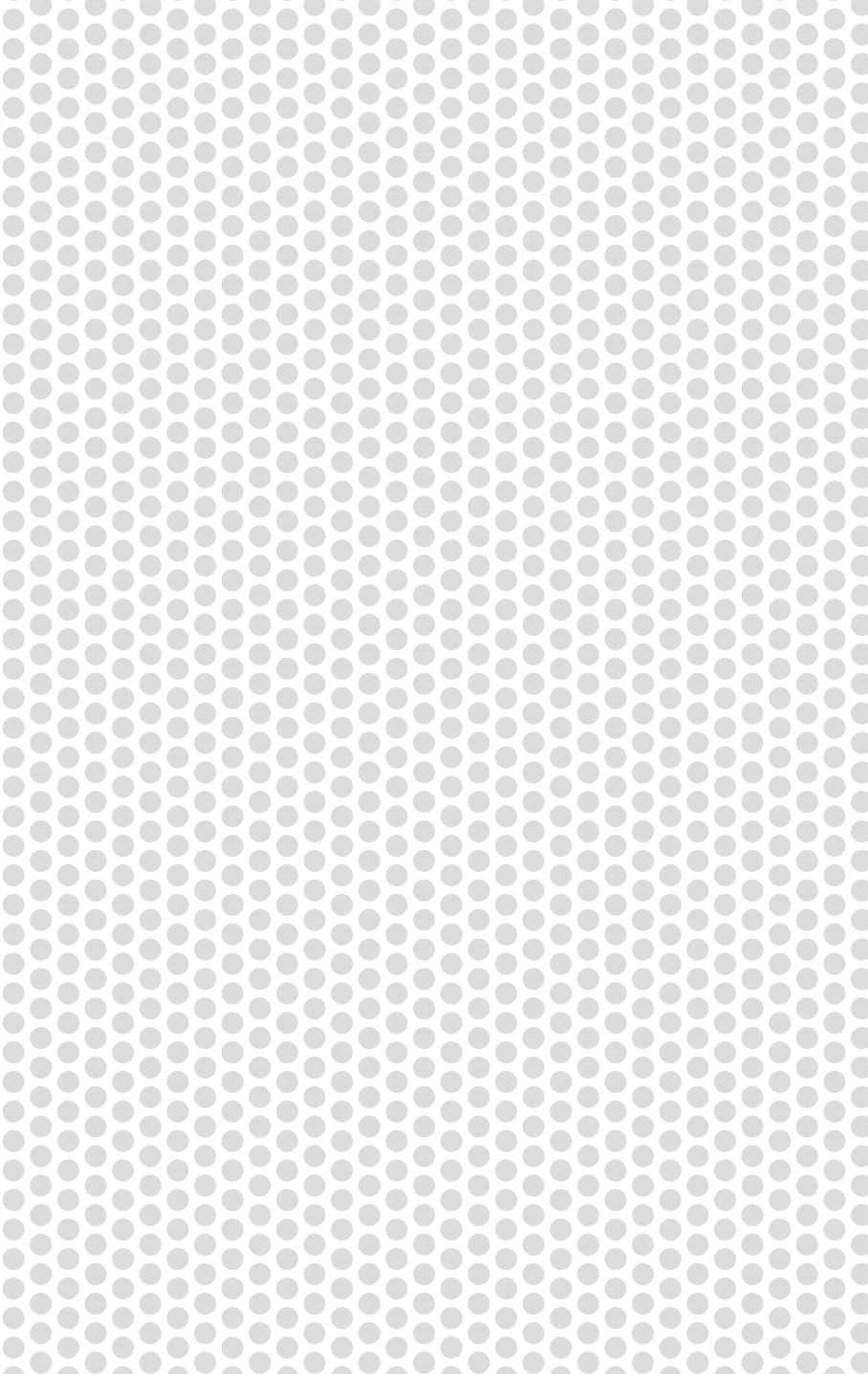
Armando Vega-Gil

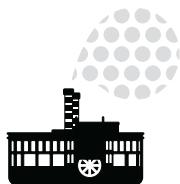


EL BARCO
DE VAPOR









EL BARCO
DE VAPOR

Momias, ángeles y espantos

Armando Vega-Gil

Ilustraciones de
Mauricio Gómez Morín



Vega-Gil, Armando

Momias, ángeles y espantos / Armando Vega-Gil ; il. Mauricio Gómez Morín — 2a ed. — México : Ediciones SM, 2016
98 p. : il. ; 19 x 12 cm — (El barco de vapor. Naranja ; 51)

ISBN : 978-607-24-2067-0

1. Literatura mexicana. 2. Suspenso — Humor — Literatura infantil. I. Gómez Morín, Mauricio, il. II. t. III. Ser.

Dewey 863 V444

Edición: Rosalía Chavelas y Federico Ponce de León

Ilustraciones: Mauricio Gómez Morín

Primera edición, 2009

Segunda edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2009

Magdalena 211, colonia del Valle,

03100, Ciudad de México.

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios:

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN 978-607-24-2067-0

ISBN 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Para Sofía, Renata y Hera

● DON CHOFI CHOFIS, CONTADOR DE CUENTOS

JAMÁS EN LA VIDA HE CONOCIDO a un hombre tan comelón, gordo, gordote y platicador como don Chofi Chofis, conductor del camión oficial de nuestra sacrosanta escuela, la muy afamada y relajienta Héroes de Juchipilina.

Lástima, una mañana que iba a pasar por los del tercero C para llevarlos al Museo de Monstruos Marinos, don Chofi desapareció con todo y autobús. No dejó ni las llantas. Aquello ocurrió el día en que se avistaron extrañas luces color mamey por el cielo de la ciudad y el aire cargaba un olor superconcentrado como de gigantescos pies mugrosos y uñas enterradas.

A mí se me hace que a Chofi se lo chupó la bruja de uno de esos terroríficos cuentos que siempre inventaba para ponernos los pelos de punta.

Una vez contó uno tan gacho y espantoso que por la noche me hice de la pipí en las cobijas por el puro miedo de bajarme de la cama para ir al

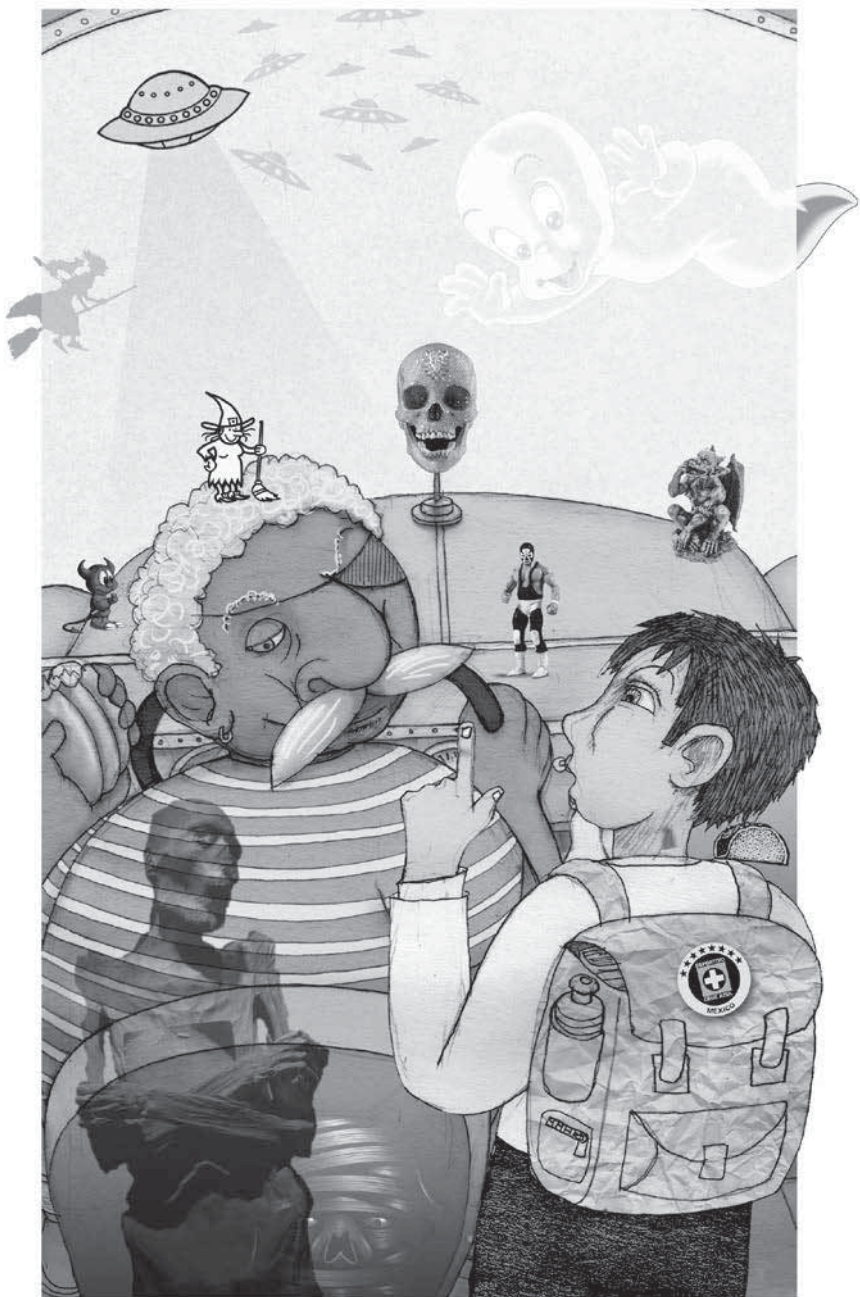
baño. A la voz de “¡Chamaco meón, tan grandote y tan chillón!”, mi mamá me puso tal cueriza con la chancla que, a la siguiente noche, me volví a hacer en la cama por tener las pompis tan adoloridas. Pero no importaba, las historias de don Chofi eran tan buenas que siempre me sentaba en la cabina del camión y le pedía que me platicara una nueva.

—¡Ándele, don Chofi! —le decía impaciente—. Échese un cuento de sustos y risa.

Y don Chofi la hacía de emoción. Como todo el tiempo se la vivía comiendo, tenía que esperarme a que se pasara, con un oceánico trago de refresco, lo que estuviera masticando en ese preciso momento: una empanada de camarón, una jaiba rellena, flautas de barbacoa, torta de lomo con aguacate y harta cebolla para el aliento o tacos de carnitas con salsa verde.

Una vez alimentado, Chofi suspiraba profundo, profundo, tanto, tantísimo que los ojales de su camisa se estiraban peligrosamente a todo lo que daban; ¡híjole!, si hasta parecía que sus botones iban a salir disparados, ¡tzzzing!, por lo que me tapaba los ojos cuando se ponía a resoplar, no me fuera a dejar tuerto.

A continuación, y siempre en el mismo orden, don Chofi Chofis se rascaba una de sus descomu-



nales llantas (de su panza, no del camión), metía presión al acelerador y se arremolinaba en el asiento para acomodarse mejor su increíble gordura.

Jamás lo vi en otro lugar que no fuera apostado frente al volante. No puedo imaginar cómo le hacía para pasar por la angosta puerta del camión y acomodarse en el asientito, y es que él era lo que se conoce como un IBM (Inmensa Bola de Manteca): tenía una papada más grande que la de un pelícano con cargamento; de sus lonjas salían más lonjas; sus piernas eran anchas como postes de luz y sus cachetes tenían el doble de tamaño que mi cabeza.

—Ándele, don Chofi —le insistía—, ¡échese uno de sustos y risa!

Y por fin mi amigo chofer se aclaraba la garganta, quitábase el sudor de las patillas con un dedo, me acomodaba un manazo por la nuca, me aplicaba un jalón de oreja como para decirme “Ah, qué molón eres”, y comenzaba a darle a una de sus historias.

● ÁNGELES QUE ESPANTAN

DON CHOFI CHOFIS inició su relato de aquel día mientras nos conducía hecho la flecha en su camión amarillo ciruela rumbo a una excursión a las frías lagunas de Zempoala, justo cuando pasábamos en medio de una nube baja con forma de gallo-gallina y que como que quería (qui-quiriría) engullirse a picotazos la autopista y el paisaje con todo y vacas.

—Angelina de los Ángeles Pérez estaba segura de que se moriría del puritito susto el día que se le apareciera uno de esos ángeles gigantes que luego pintan en las iglesias, con sus alotas emplumadas y su aureola de gas neón, arpa en mano y chanclas para la playa

»Cada que oía hablar de ángeles —continuó don Chofi, a quien además le encantaba variarles el nombre a los protagonistas de sus cuentos—, Ange de los Angeles Pérez se echaba a temblar como perrito empapado a cubetazos.

Del sustazo la niña puso los ojos en forma de tache y cayó en desmayo con la falda arremangada hasta el ombligo.

Desde el día en que se desmayó, nadie pudo sacar a la espantada Angelina de su perturbación, ni el buen cura de San Miguelito del Chamoy, que era la iglesia de la colonia, ni la maestra Pepita, del cuarto B, ni la trabajadora social de su escuela primaria, la Héroes de Juchipilina. Para tranquilizarla, los adultos le decían que los ángeles eran invisibles pero buena onda, que por eso siempre nos estaban cuidando sin que nos diéramos cuenta. Le decían a la pequeña que eran espíritus vaporosos que nos vigilaban desde el cielo y, por tanto, no se aparecían así nomás porque sí. Pero en lugar de tranquilizarse con estas explicaciones, Angelinilla de los Angelinillos Pérez se ponía cada vez más nerviosa.

—¡Qué horror que los ángeles sean invisibles cual fantasmas chocarreros! —decía temblando peor que gelatina mal cuajada—. ¡Y qué feo que nos anden figoneando todo el tiempo desde las nubes, bola de metiches!

Y Angelina no paraba con sus preguntas: “¿Qué tal si son espíritus de algún muerto medio vivo y tienen bigotes de calaca y orejas de vampiro? ¡Ay, no! ¡Cruz, cruz, que se vaya el ángel y que venga

Jesús...! O ¿será que Jesús también viene en forma de ángel? ¡Ay, qué miedo! ¡Ay, qué horroror!”.

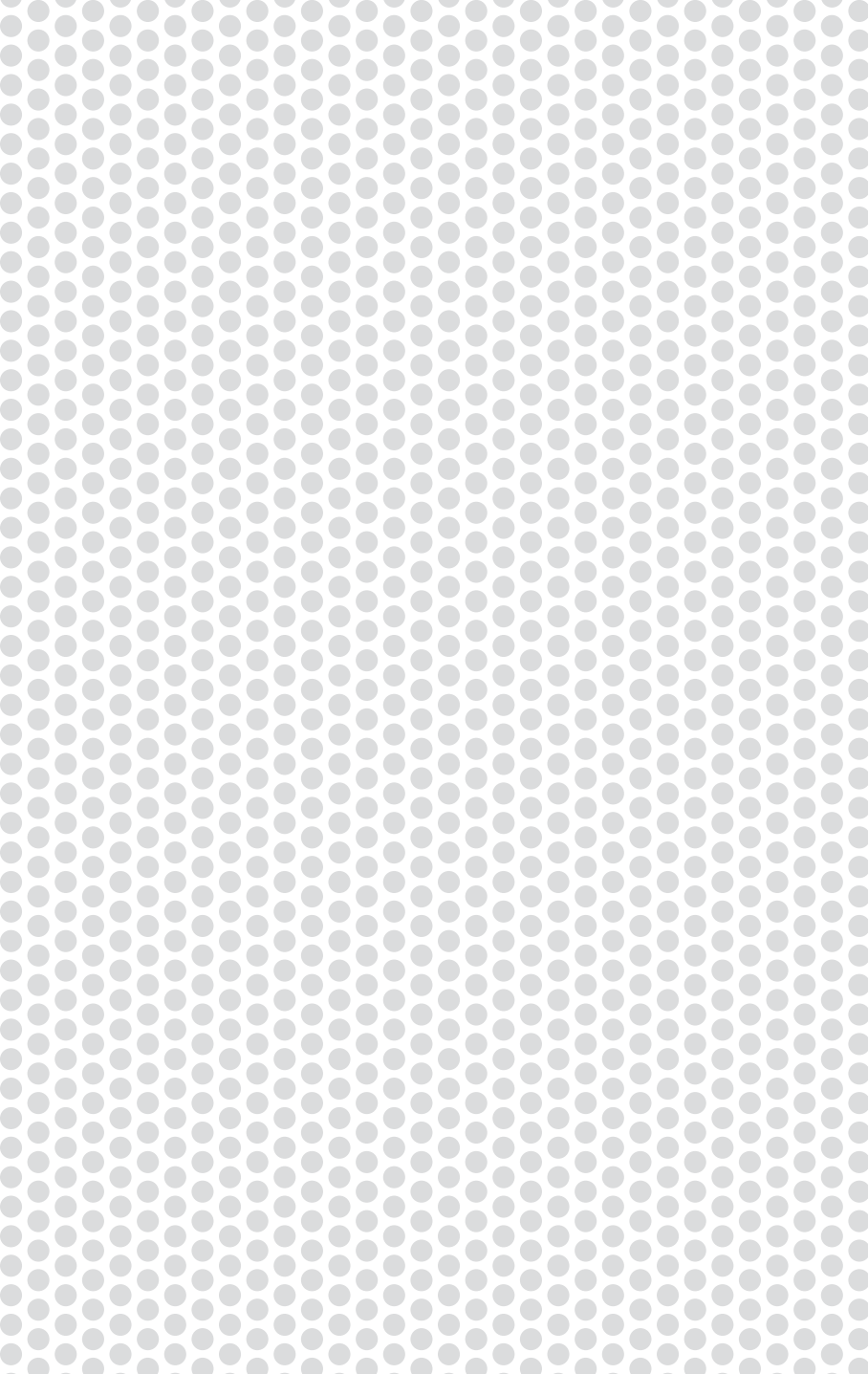
Así que Angi de los Angis Pérez estaba todo el día muele y muele con que la perseguía un sonoro batir de alas.

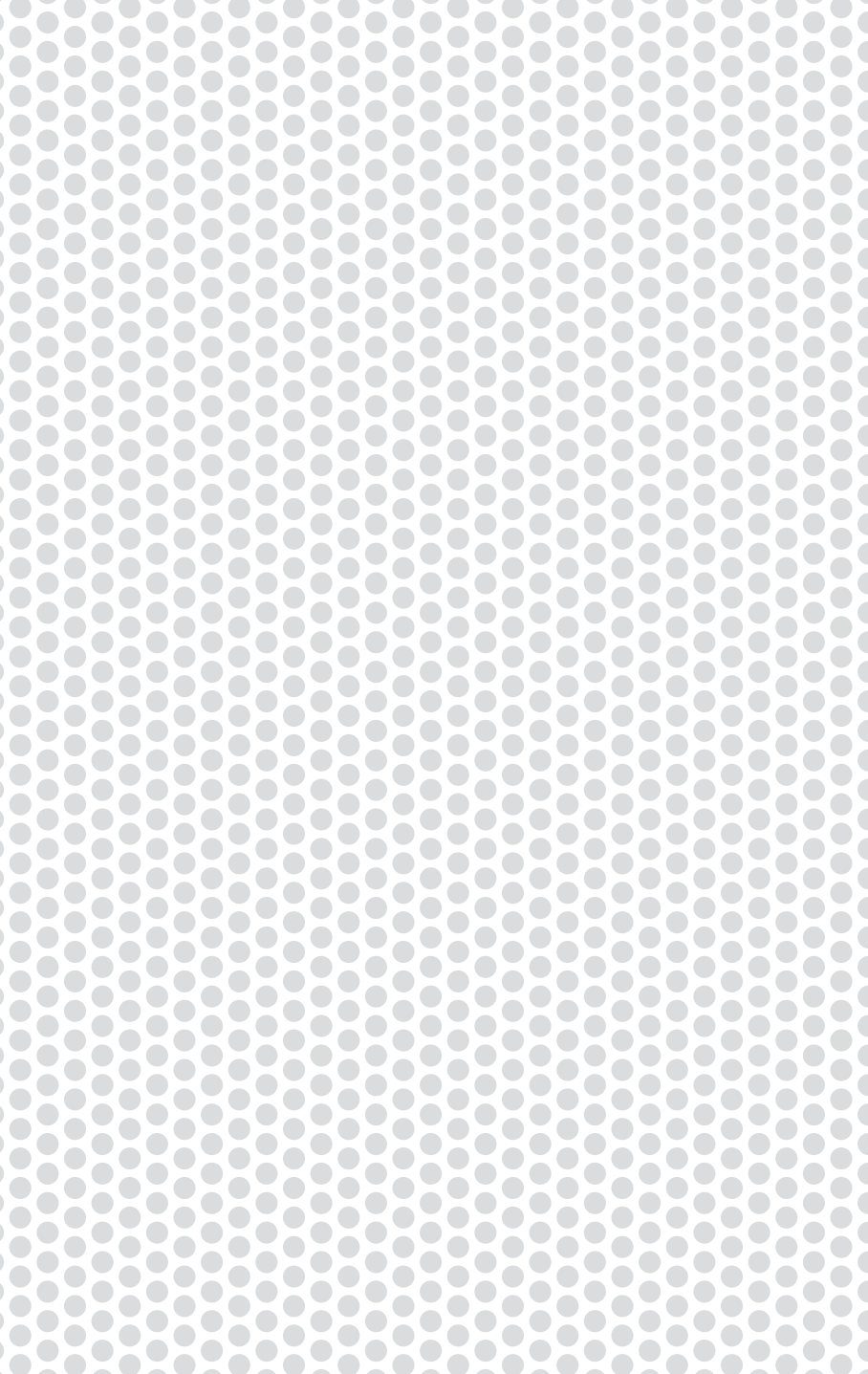
—Óyelos, amá, ¡oye cómo hacen flap, flap, flap...! Te lo superjuro —le decía la chiquitina a su progenitora, pero, como suele ocurrir con las mamás, esta no le creía ni jota—. ¡Flap, flap, flap!

Cierta ocasión, en clase de Matemáticas, Angelina se la pasó agitando la regla en el aire como quien espanta moscas, por lo que la maestra le puso orejas de burro hasta después del recreo. Otro día se había quedado bien dormida en Ciencias Naturales, dejando un charco de baba en el pupitre. De pronto, despertó dando de gritos, pues según ella un ser alado le había jalado los pies y soplado aire frío en la nuca.

Cuando veía la tele y en la pantalla aparecían unas rayas, decía la muy necia que el ángel de la interferencia se había parado sobre la antena, tal y como lo hacen los pajarracos sobre los cables de la luz.

Bueno, ¡llegó al colmo de intoxicarse una noche que echó más de tres litros de insecticida en su cuarto!, pues había confundido a su ángel de la guarda con un zancudo, al que finalmente apa-





9 +



Quien se suba al camión de la escuela Héroes de Juchipilina lo hará bajo su **propio riesgo**: don Chofi, el conductor, puede hacerle pasar un susto o lo puede matar de la risa, según su ánimo y creatividad. Y es que don Chofi cuenta cada historia... Ni Miguel Hidalgo ni el Ángel de la Independencia escapan del ingenio de este chofer.

Con este libro los lectores podrán imaginar nuevas y **alocadas versiones** de hechos históricos y de la cultura popular.



INCLUSIÓN



ESCUELA



HUMOR



AVENTURA